Una abundante bruma de frondosos cabellos disipantes asciende de las mareas atolondradas compuestas por innumerables colonias de desorden sin orden, entre montes feldespatos de levantante polvo despertando y el esqueleto corrosido mecanizado de la urbe yaciente en el húmedo desierto, mientras grisáceos cúmulos de arrogante carácter se muestran renuentes a mostrar en toda su gloria el resplandor del destello de aquel lucero en lo alto del cielo, prefiriendo más bien ocupar polutamente la atmósfera con su monótonos trajes, sus monótonas brisas y monótono cantar, terrible silenciosa cacofonía interrumpida por el estornudo de las narices de alzantes costillas de metal penetrando la tiniebla plateada cerca y en el horizonte, conformando parte de la vista de la ciudad que pronuncia de tantas formas como días de vida, el legar de un nuevo de pesado, áspero, vacío propósito. La niebla, enredada entre los negros asfálticos cabellos de la dama tendida en el suelo, la abraza suavemente con sus brazos enrollando y dando caricia a sus indumentos de urdimbre tejidos de ladrillo y concreto deprimidos, y sofoca con su pecho sin dar estancia al suspiro de relevo al rostro de la pobre desdichada, pues fue descortés al venir con tal mescolanza de hedores y olores de océanos adyacientes al cadáver putrefacto de larvas automóviles vomitando nigerrimos desechos. Llamas menguadas, cuyo pesar son tan constantes como tristes, son llevadas por entremetidos diferentes vientos del centro hasta el arrabal colindante, trayendo a todos la más última desgracia, todo el tiempo con la misma tragedia en variable, familiar o única presentación, tanto que ya los irritados entumecidos no desean saber más de ello saber, pues temen que sus propias llamas se atenúen de la misma forma que a los ya apagados o por apagar. Estas son las vistas de dicha urbe, dichos relatos, dichos montones; tantas melancolías, historias y voces de grito silencioso sin quien por escuchar, presentes desde quién sabe cuando, presentes en el “presente” mismo, y condenados a siempre presentes estar mientras aquel legado se herede y se mantenga por generaciones venideras. El tímido blanco de un foco colgado en un cuarto de cuatro paredes de una choza con fachada semejante al de la de la cara sueño le ha dado. A través de la diáfana cornea empapada sin párpados, restos de naranjado en su acérrimo contorno, poco a poco el destello de su único lucero va expirando, in-notable entre amalgama de colonias en lo alto de la falda morrena de un cerro. Tan agotada, tan fatigada, drenada de energías, fuerzas chupadas y endebleces exuberantes que, antes de haberse dado cuenta, ha quedado estática en oscuridad somnolienta. Solamente el mañanal a ocaso a través del seco cristal expiado. Desde su sombrío interior, motas de polvo danzan en orden con desorden, apareciendo y despareciendo entre los desvanecieres y clareza del marco luminoso traído por un destello más allá de ellos y el cielo mismo.